

843
2,
PQ 2227
.U5
S6
V.5

Núm. Clas. _____
Núm. Autor D. P. 27
Núm. Adg. 29974
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 209
Catalogó gdy
**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, N.M.L.

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

El cuerpo y el alma

El último que quedó con el maestro fué el cirujano Marat, el cual se acercó humildemente y muy pálido al terrible orador, cuyo poder era ilimitado.

— Maestro, le preguntó, ¿ he cometido en efecto una falta ?

— Y grande, respondió Bálamo, y lo peor es que vos no creéis haberla cometido.

— ¡ Y bien ! sí, no sólo no creo haber cometido una falta, sino que estoy persuadido de que he hablado debidamente.

— ¡ Orgullo ! ¡ orgullo ! murmuró Bálamo ; ¡ orgullo, demonio destructor ! Los hombres van á combatir la fiebre en las venas del enfermo, la peste en las aguas y los aires ; pero dejan que el orgullo eche tan hondas raíces en su corazón, que no pueden conseguir el extirparlo.

— ¡ Oh ! maestro, dijo Marat ; qué triste opinión formáis de mí ; ¿ Conque soy en efecto tan poca cosa

que no pueda contarme en el número de mis semejantes? ¿Tan mal fruto he recogido de mis trabajos que soy incapaz de proferir una palabra sin que se me tache de ignorante? ¿Tan tibio adepto soy que se sospecha de mi convicción? Aunque no fuese más que por esto, existo á lo menos por mi adhesión á la justa causa del pueblo.

— Porque veo, replicó Bálamo, que aun lucha en vos el principio del bien contra el del mal, que me parece ha de triunfar un día, trataré de corregiros de esos defectos. Si debo lograrlo, si el orgullo no ha triunfado ya en vos de todos los demás sentimientos, lo lograré en una hora.

— ¿En una hora? replicó Marat.

— Sí, ¿queréis concederme esa hora?

— Ciertamente.

— ¿En dónde os veré?

— Maestro, á mí me toca acudir al punto que ten-gáis á bien señalar á vuestro servidor.

— Pues bien, dijo Bálamo, iré á vuestra casa.

— Reflexionad en el compromiso que contraéis, maestro, porque habito en una buhardilla de la calle de los Cordeleros. ¿Lo oís? en una buhardilla, repitió Marat con una afectada sencillez de orgullo, con una fanfarronada de miseria que no se escapó á Bálamo; mientras que vos.....

— Mientras que yo, ¿qué?

— Habitáis, según dicen, en un palacio.

Bálamo se encogió de hombros, como un gigante que desde lo alto de su estatura mide la cólera de un enano.

— Y bien, sea así, respondió, iré á veros en vuestra buhardilla.

— ¿Y cuándo iréis?

— Mañana.

— ¿Á qué hora?

— Por la mañana.

— Debo advertiros que al rayar el día voy á mi anfiteatro y de allí al hospital.

— Precisamente eso es lo que yo necesito, y á no habérmelo propuesto vos, os habría rogado que me condujeseis allá.

— Ya os he dicho que muy temprano, porque yo duermo poco, replicó Marat.

— Y yo no duermo nada, respondió Bálamo; con-que así hasta el amanecer.

— Os aguardaré.

Dicho esto se separaron, porque habían llegado á la puerta de la calle, tan sombría y solitaria á la salida, como poblada y bulliciosa á su entrada.

Bálamo tomó á la izquierda y desapareció rápidamente.

Marat lo imitó tomando á la derecha con sus largas y delgadas piernas.

Bálamo fué exacto, pues al día siguiente á las seis de la mañana estaba ya llamando á la puerta del descanso de la escalera, que situado en el centro de un largo corredor con seis puertas á uno y otro lado, formaba el último piso de una casa ya vieja de la calle de los Cordeleros.

Conociase que Marat lo había preparado todo para recibir más dignamente á su ilustre huésped; en efecto el parco lecho de nogal y la cómoda de madera común brillaban de puro limpios, gracias á lo bien que manejaba una rodilla de lana cierta demandadera que se afanaba en tener aseados aquellos carcomidos muebles.

El mismo Marat ayudaba y no poco á aquella mujer, regando una maceta de loza azul en que había algunas flores pálidas y descoloridas, que eran el principal ornamento de la buhardilla.

Aun tenía debajo del brazo una rodilla de hilo, la cual indicaba que no había tocado á las flores sino después de dar una mano á los muebles.

Como la llave estaba en la puerta y Bálamo entró sin llamar, sorprendió á Marat ocupado en aquella faena.

Cuando Marat vió al maestro se ruborizó mucho más de lo que convenia á un verdadero estoico, y dijo, arrojando detrás de una cortina la acusadora rodilla :

— Ya veis que soy hombre casero, y que ayudo á esta buena mujer, pero escojo la faena, como por ejemplo, lo que quizá no sea propio de un buen plebeyo, pero que tampoco lo es enteramente de un gran señor.

— Lo es de un joven pobre y amigo del aseo, y esto basta, dijo Bálamo con frialdad. ¿Estáis pronto? porque ya sabéis que tengo el tiempo tasado.

— Voy á mudarme de traje... Señora Grivette, mi casaca... Es mi portera, caballero; mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi mayordomo, y me cuesta un escudo al mes.

— Alabo la economía, dijo Bálamo; ella es la que constituye la riqueza de los pobres y la prudencia de los ricos.

— El sombrero, el bastón, dijo Marat.

— Alargad la mano, dijo Bálamo; ahí tenéis el sombrero, y sin duda el bastón que pedís.

— ¡ Oh! dispensadme, caballero; estoy aturdido.

— ¿Estáis ya?

— Sí: el reloj, señora Grivette.

La señora Grivette se volvió y revolvió, pero no contestó una palabra.

— Para ir al anfiteatro y al hospital no se necesita reloj; además quizá se tardaría mucho en encontrarlo, y tenemos prisa.

— Sin embargo, caballero, estimo mucho mi reloj, que es excelente y lo he comprado á fuerza de economizar.

— La señora Grivette lo buscará en vuestra ausencia, respondió Bálamo sonriéndose; y como busque bien, no os faltará á la vuelta,

— ¡ Oh! de seguro, dijo la señora Grivette, al instante parecerá si es que mi señor no lo ha dejado en otra parte, porque aquí nada se pierde.

— Ya lo veis, dijo Bálamo. Vámonos, vámonos.

Marat no se atrevió á insistir, y siguió á Bálamo aunque refunfuñando.

En la puerta, dijo Bálamo: ¡

— ¿ Á dónde vamos primero?

— Al anfiteatro si lo tenéis á bien, maestro; he designado un sujeto que ha debido morir esta noche de una meningitis aguda: tengo que hacer algunas observaciones sobre su cerebro, y no quisiera que mis compañeros lo cogiesen.

— Pues entonces al anfiteatro, señor Marat.

— Es tanto más fácil, cuanto que solo está de aquí dos pasos; el anfiteatro se une con el hospital, y no hacemos más que entrar y salir; podéis, pues, esperar-me á la puerta.

— Al contrario, deseo entrar con vos para que me digáis vuestra opinión acerca del sujeto.

— ¿ Cuando tenía vida, caballero?

— No, ahora que es un cadáver.

— ¡ Hola! mirad, dijo Marat sonriéndose, que podré adquirir sobre vos una ventaja, porque conozco esta parte de mi profesión, y según dicen, soy un anatómico bastante hábil.

— ¡ Orgullo y siempre orgullo! murmuró Bálamo.

— ¿ Qué decís? preguntó Marat.

— Digo que ya lo veremos, contestó Bálamo. Entremos.

Marat fué el primero que penetró en el angosto portal que conducía á aquel anfiteatro, situado al fin de la calle de Hautefeuille.

Bálamo le siguió sin vacilar hasta una sala larga y estrecha donde había en una mesa de mármol dos cadáveres, uno de mujer y otro de hombre.

La mujer había muerto joven, pero el hombre era viejo y calvo, estando ambos cuerpos envueltos en un mal sudario que dejaba medio descubierto el rostro.

Ambos estaban tendidos uno junto á otro en aquel frío lecho, cuando tal vez nunca se habían visto en el mundo, y sus almas, que entonces viajaban hacia la región eterna, debían sorprenderse no poco al ver en semejante proximidad su mortal cubierta.

Marat alzó con un movimiento y echó á un lado el tosco lienzo que cubría á aquellos dos infelices, á quienes la muerte había hecho iguales ante el escalpelo del cirujano.

Ambos cadáveres estaban desnudos.

— ¿No os repugna la vista de los muertos? dijo Marat con su acostumbrado tono fanfarrón.

— Lo que hace es entristecerme, replicó Bálamo.

— Por no estar acostumbrado á ello, dijo Marat. Yo, que estoy viendo este espectáculo todos los días, no siento ni tristeza ni repugnancia; es verdad que nosotros los cirujanos vivimos con los muertos, y no interrumpimos por ellos ninguna de las funciones de nuestra vida.

— Es un triste privilegio de vuestra profesión.

— Por otra parte, añadió Marat, ¿por qué me había de entristecer ó causar repugnancia? En el primer caso, tengo la reflexión, y en el segundo la costumbre.

— Explicadme vuestras ideas, dijo Bálamo, porque

las comprendo mal. Primeramente la reflexión:

— Voy á hacerlo. ¿Por qué me había de espantar? ¿Por qué había de tener miedo á un cuerpo inerte, á una estatua que es de carne en lugar de ser de piedra, de mármol ó granito?

— En efecto, no hay nada en un cadáver, ¿no es verdad?

— Nada absolutamente.

— ¿Lo creéis así?

— Estoy seguro de ello.

— Pero en un cuerpo vivo...

— Hay el movimiento, dijo enfáticamente Marat.

— Y el alma, vos no habláis del alma.

— Jamás la he visto en los cuerpos que he examinado con mi escalpelo.

— Porque no habéis examinado nunca más que cadáveres.

— ¡Oh! sí tal, señor, he operado mucho en cuerpos vivos.

— ¿Y no habéis hallado en ellos ninguna cosa más que en los cadáveres?

— He hallado el dolor; ¿es eso lo que llamáis alma?

— ¿Entonces no creéis en ella?

— ¿En qué?

— En el alma.

— Creo en ella, porque soy libre de dar ese nombre al movimiento, si quiero.

— Está muy bien, creéis en la existencia del alma, y es todo lo que deseaba saber, pues me complazco en que creáis en ella.

— Entendámonos, maestro, y sobre todo no exageremos, dijo Marat con su sonrisa expresiva; nosotros los cirujanos somos un poco materialistas.

— Estos cuerpos están muy fríos, dijo Bálamo pensativo, y esta mujer ha debido ser muy bella.

— Sin duda.

— Este hermoso cuerpo habrá abrigado sin duda una bella alma.

— ¡ Ah ! he ahí el error de aquel que la creó. Hermosa vaina, hoja mala. Este cuerpo, maestro, era el de una mujer de mala vida que salía de San Lázaro cuando murió de una inflamación cerebral en el hospital general. Su crónica es larga y bastante escandalosa. Si llamáis alma al movimiento que hacía obrar á esta criatura, injuriaríais á nuestras almas que deben ser de la misma esencia, puesto que emanan de la misma fuente.

— Alma á la que se hubiera debido curar, dijo Bál-samo, y que se ha perdido por falta del único médico que es indispensable, del médico del alma.

— ¡ Ay ! maestro, esa es otra de vuestras teorías. No hay médico más que para el cuerpo, replicó Marat con amarga sonrisa. Mirad, maestro, estoy viendo en vuestros labios una palabra que Moliere ha usado muchas veces en sus comedias, y os hace reír esa palabra.

— No, dijo Bál-samo, os equivocáis, no podéis adivinar de qué me río. Por ahora, la consecuencia que sacamos es que estos cadáveres están vacíos, ¿ no es verdad ?

— É insensibles, respondió Marat levantando la cabeza de la joven mujer y dejándola caer fuertemente sobre el mármol, sin que el cuerpo se hubiese movido ó estremecido.

— Muy bien, dijo Bál-samo. Ahora pasemos al hospital.

— Os ruego que esperéis un instante, maestro, permitidme que separe del tronco esta cabeza, que me está dando envidia, y que ha sido el asiento de una enfermedad muy curiosa.

— ¡ Cómo así ?

Marat abrió un estuche, sacó un bisturí y cogió en un rincón un mazo de madera salpicado de manchas de sangre.

Entonces, con mano ejercitada, practicó una incisión circular que separó todas las carnes y músculos del cuello ; luego, cuando llegó al hueso, metió su bisturí por entre dos junturas de la columna vertebral, y dió sobre él con el mazo un golpe enérgico y seco.

La cabeza rodó por la mesa, y de ésta por el suelo. Marat tuvo que recogerla con sus manos húmedas.

Bál-samo volvió la cabeza para no causar demasiada alegría al triunfador.

— Algún día, dijo Marat creyendo ver en el maestro una debilidad, se ocupará algún filósofo de la muerte como los otros se ocupan de la vida, é inventará una máquina que tronche la cabeza de un solo golpe, y que reduzca á la nada instantáneamente, cosa que no hace ninguno de los otros géneros de muerte ; la rueda, el descuartizamiento, la horca, son suplicios de los pueblos bárbaros y no de los pueblos civilizados. Una nación ilustrada como la Francia debe castigar y no vengarse ; porque la sociedad que enroda, que ahorea ó descuartiza, se venga del criminal por medio de los dolores que le hace sufrir antes de castigarlo con la muerte, lo cual á mi entender es demasiado.

— También yo opino lo mismo. ¿ Pero cómo comprendéis ese instrumento ?

— Comprendo una máquina fría é impasible como la misma ley ; el hombre encargado de la ejecución se impresiona á la vista de su semejante, y á veces yerra su golpe, como sucedió con Chalais y con el duque de Montmouth. No sucedería lo mismo con una máquina de dos brazos de encina, que hiciese mover una cuchilla, por ejemplo.

— ¿Y creéis que, porque esa cuchilla pasase con la rapidez del rayo entre la base del occipucio y los músculos trapecios, sería instantánea la muerte y el dolor rápido?

— La muerte sería indudablemente instantánea, supuesto que la cuchilla troncharía de un solo golpe los nervios que dan el movimiento. El dolor sería rápido, supuesto que la cuchilla separaría el cerebro que es el asiento de los sentimientos, del corazón que es el centro de la vida.

— Sr. Marat, dijo Bálamo, en Alemania existe el suplicio de la decapitación.

— Sí, pero es por medio de la espada, y ya os he dicho que la mano del hombre puede temblar.

— También en Italia existe una máquina por el estilo; un cuerpo de encina la hace mover, y se llama *Mamaja*.

— ¿Y bien, qué?

— Que yo he visto á delincentes decapitados por el verdugo levantarse sin cabeza del sitio en que estaban sentados, é ir á caer dando traspiés á diez pasos de distancia. Yo he recogido algunas cabezas que rodaban por debajo de la *mannaja*, como esa que tenéis asida por los cabellos rodó hace poco por la mesa de mármol; y pronunciando al oído de las mencionadas cabezas el nombre con que habían sido bautizadas en vida, he visto que volvían á abrir los ojos y que éstos giraban en sus órbitas, como si quisieran ver quién los había llamado en la tierra durante ese paso del tiempo á la eternidad.

— Eso proviene de un movimiento nervioso.

— ¿No son los nervios los órganos de la sensibilidad?

— Sí; ¿pero qué deducís de eso, caballero?

— Deduzco que más valdría que en vez de buscar

una máquina que matase para castigar, buscarse el hombre un medio de castigar sin matar. Creedme, la sociedad que invente ese medio será la mejor y más ilustrada.

— ¿Utopía, y siempre utopía! dijo Marat.

— Quizá tengáis razón, dijo Bálamo; el tiempo nos desengañará.... ¿Pero no me hablasteis del hospital? Vamos á él, pues.

— Vamos, dijo Marat.

Y envolvió la cabeza de la joven en el pañuelo que llevaba en el bolsillo, atando las cuatro puntas con mucho cuidado.

— Ahora, dijo Marat disponiéndose á salir, estoy seguro de que mis compañeros sólo tendrán lo que yo les dejo.

El hombre pensativo y el cirujano tomaron el camino del hospital general, marchando el uno al lado del otro.

— Habéis cortado esa cabeza, dijo Bálamo, con tanta frialdad como destreza; ¿os conmovéis algo más cuando se trata de un vivo? ¿Os interesan más los padecimientos que la inmovilidad? ¿Os compadecéis más de los cuerpos que de los cadáveres?

— No, porque ese sería un defecto; un defecto cómo lo es en el verdugo el inmutarse. Lo mismo se mata á un hombre cortándole mal la pierna como cortándole mal la cabeza; y un buen cirujano debe operar con la mano y no con el corazón, porque sabe harto bien, allá en el fondo de su alma, que por un padecimiento de un instante da años de vida y salud. Este es el lado bueno de nuestra profesión, maestre.

— Sí, pero ¿supongo que en los vivos encontraréis el alma?

— Si convenís conmigo en que el alma es el movimiento ó la sensibilidad, sí: la encuentro, y por cierto

que es bien molesta, pues mata más enfermos que mi escalpelo.

Diciendo así llegaban al umbral del hospital general y entraron en el hospicio, no tardando Bálamo, á quien guiaba Marat siempre con su siniestra carga, en penetrar en la sala de operaciones, invadida por el cirujano mayor y los estudiantes de cirugía.

Los enfermeros acababan de conducir allí un joven á quien la semana anterior había derribado un pesado carruaje estropeándole el pie. De prisa y corriendo le hicieron la primera operación en aquel miembro entorpecido por el dolor; pero como esto no bastase, el mal se había desarrollado rápidamente, siendo urgente proceder á la amputación de la pierna.

Tendido el infeliz en su lecho de angustia, miraba con un espanto que hubiera enternecido hasta á los tigres, á aquella bandada de hambrientos que estaban espiando el instante de su martirio, y quizá de su agonía, para estudiar la ciencia de la vida, fenómeno maravilloso tras el cual se oculta el sombrío fenómeno de la muerte.

No parecía sino que pedía á cada uno de los cirujanos, practicantes y enfermeros un consuelo, una sonrisa, una caricia; pero no encontraba en todas partes sino indiferencia si miraba con el corazón, y el acero si con los ojos.

Por un resto de valor y orgullo permanecía mudo, reservando todas sus fuerzas para los gritos que pronto iba á arrancarle el dolor.

Sin embargo, cuando sintió en el hombro la mano pesadamente complaciente del que le asistía; cuando sintió que los brazos de los ayudantes sujetaban su cuerpo como las serpientes de Laocoonte; cuando oyó que le decía el que le iba á hacer la operación

« ¡ ánimo ! » se aventuró el infeliz á romper el silencio y á preguntar con voz lastimera :

— ¿ Sufriré mucho ?

— ¡ Eh ! no, no tengáis cuidado, respondió Marat con una sonrisa falsa, si amable para el paciente, irónica para Bálamo.

Marat vió que Bálamo le había comprendido, y acercándose á él le dijo en voz muy baja :

— Es una operación espantosa, porque el hueso está lleno de grietas, y es tan sensible esa parte, que da lástima. Así es que morirá, no del mal, sino del dolor; y he aquí de lo que le sirve á ese vivo tener alma.

— Y entonces ¿ por qué le hacéis la operación ? ¿ Por qué no le dejáis morir tranquilamente ?

— Porque el cirujano debe intentar la cura aunque ésta le parezca imposible.

— ¿ Y decís que sufrirá ?

— Atrozmente.

— ¿ Por culpa de su alma ?

— Por culpa de su alma, que tiene demasiado cariño á su cuerpo.

— Y entonces, ¿ por qué no se opera sobre el alma ? La tranquilidad de la una quizá sería la curación de la otra.

— Eso es lo que acabo de hacer, dijo Marat, mientras seguían atando al paciente.

— ¿ Habéis preparado su alma ?

— Sí.

— ¿ Cómo ?

— Como es natural, con palabras. He hablado al alma, á la inteligencia, á la sensibilidad, á la cosa que hacía que el filósofo griego dijese : « Dolor, tú no eres un mal ; » y he usado el lenguaje que conviene á esa cosa, diciéndole : no sufriréis. Ahora falta que el alma no sufra, pero esto atañe á ella. He aquí el

remedio conocido hasta el presente, pues en cuanto á las cuestiones del alma, ¡ todo es mentira ! ¡ Por qué, pues, ha de estar unida al cuerpo ese diablo de alma ? Cuando hace poco corté la cabeza que sabéis, el cuerpo nada dijo, sin embargo de que la operación era grave. Pero ¡ qué queréis ? El movimiento había cesado, la sensibilidad se había extinguido, el alma había volado, como decís vosotros los espiritualistas : y he aquí porqué esa cabeza nada dijo al tiempo de cortarla ; he aquí porqué ese cuerpo dejó que le decapitara ; mientras que este otro, donde todavía habita el alma, por poco tiempo, es cierto, pero al fin habita, va á arrojar gritos espantosos dentro de un instante. Tapaos bien los oídos, maestro, vos que sois sensible á esa conexión de las almas y los cuerpos, que siempre matará vuestra teoría, hasta que esa teoría no consiga aislar al cuerpo del alma.

— ¡ Creéis que nunca se logrará ese aislamiento ?

— Ensayadlo, dijo Marat, la ocasión no puede ser mejor.

— Tenéis razón, dijo Bálamo, la ocasión es buena y voy á aprovecharla.

— Sí, aprovechadla.

— Ya se ve que sí.

— ¡ Y cómo ?

— No quiero que ese joven sufra, porque me interesa.

— Sois un jefe muy ilustre, dijo Marat ; pero ni sois Dios padre, ni Dios hijo, y no impediréis que ese bizarro mozo sufra.

— Y si no sufriese, ¿ creeríais en su curación ?

— Sería más probable, pero no segura.

Bálamo dirigió á Marat una mirada de triunfo imposible de explicar, y poniéndose delante del enfer-

mo, cuyos ojos encontró extraviados y anegados en las angustias del terror :

— Dormid, dijo, no solo con la boca, sino también con la vista, con la voluntad, con todo el calor de su sangre, con todo el fluido de su cuerpo.

En aquel momento empezaba á palpar el cirujano mayor el muslo dañado, y á llamar la atención de los discípulos sobre la intensidad del mal.

Pero de resultas del mandato de Bálamo, el joven, que se había incorporado en la cama, osciló un momento en brazos de los ayudantes, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

— Se pone malo, dijo Marat.

— No es eso.

— ¡ Pues no veis que pierde el conocimiento ?

— No, lo que hace es dormirse.

— ¡ Cómo dormirse ?

— Lo que oís.

Todos se volvieron hacia aquel médico extraordinario, que creyeron estaba loco, y en los labios de Marat brilló una sonrisa de incredulidad.

— ¡ El que está desmayado acostumbra hablar ? preguntó Bálamo.

— No.

— Pues preguntadle y veréis como os contesta.

— ¡ Eh, joven ! gritó Marat.

— No necesitáis gritar tanto, dijo Bálamo ; habladle naturalmente.

— Decidnos, pues, algo de lo que tenéis.

— Me han mandado que duerma, y duermo, respondió el paciente.

La voz revelaba completa tranquilidad, formando un extraño contraste con la que se le había oído algunos momentos antes.

Todos los que presenciaban aquella escena se miraron entre sí.

— Ahora, dijo Bálamo, desatadle.

— Imposible, contestó el cirujano mayor, pues con un solo movimiento que hiciera se frustraba quizá la operación.

— No se moverá.

— ¿Quién me lo asegura?

— Primero yo, y luego él; y si no preguntádselo antes.

— ¿Podemos dejaros libre, amigo?

— Sí podéis.

— ¿Y prometéis no moveros?

— Lo prometo, si me lo mandáis.

— Os lo mando.

— Á fe mía, caballero, dijo el cirujano mayor, que habláis con tal seguridad que estoy por hacer la experiencia.

— Hacedla, y nada temáis.

— Desatadle, dijo el cirujano mayor.

Los ayudantes obedecieron, y Bálamo se acercó á la cabecera de la cama.

— Desde este momento, dijo, no os mováis hasta que yo os lo mande.

Una estatua tendida sobre un sepulero no hubiera estado tan inmóvil como se quedó el enfermo al oír aquella intimación.

— Ahora proceded á la operación, dijo Bálamo; el enfermo está perfectamente dispuesto.

El cirujano cogió el bisturí; pero al ir á valerse de él titubeó.

— Cortad, cortad, dijo Bálamo con el aire de un profeta inspirado.

El cirujano, dominado lo mismo que Marat, lo

mismo que el paciente, lo mismo que todo el mundo, acercó el instrumento á la carne.

Ésta crujió, pero el enfermo no exhaló un suspiro, ni hizo un movimiento siquiera.

— ¿De qué país sois, amigo mío? preguntó Bálamo.

— Soy bretón, caballero, respondió el enfermo sonriéndose.

— ¿Y queréis mucho á vuestro país?

— ¡Oh! ¡es tan hermoso, caballero!

El cirujano hacía entretanto las incisiones circulares que sirven en las amputaciones para descubrir el hueso.

— ¿Salisteis de él siendo joven? preguntó Bálamo.

— Cuando tenía diez años, caballero.

Hechas las incisiones, el cirujano acercó la sierra al hueso.

— Amigo mío, dijo Bálamo, entonad la canción que los salineros de Batz cantan al regresar de noche á sus casas después de haber estado trabajando todo el día. Sólo me acuerdo del primer verso, el cual decía:

Salud, mi sal espumosa.

La sierra mordía el hueso; pero el enfermo se sonrió y empezó á cantar melodiosa y lentamente, extasiado como un amante ó un poeta:

Salud, mi sal espumosa,
Mi lago, color de cielo;
Mi horno de llama hermosa,
Y el trigo que tanto anhelo.

MEMORIAS DE UN MÉDICO

Salud, ¡ oh mi anciano padre!
 ¡ Oh mi mujer y mis hijos!
 Salud, mi difunta madre,
 Libre de afanes prolijos.

Amable, contento y manso
 Busco ya en vuestro redor,
 Tras el trabajo el descanso,
 Tras de la ausencia, el amor.

Ya había caído la pierna sobre la cama y todavía seguía cantando el enfermo.

II

El alma y el cuerpo

Todos miraban al paciente con asombro y al médico con admiración, y aun hubo algunos que dijeron que ambos estaban locos.

Marat tradujo esta opinión al oído de Bálamo diciendo :

— El terror ha trastornado el juicio de ese pobre diablo, y ese es el motivo porque no sufre.

— No lo creo, respondió Bálamo, lejos de haber perdido el juicio, estoy seguro de que si yo le interrogase, nos diría el día de su muerte, si es que debe morir, ó el tiempo que durará su convalecencia, si ha de sanar.

Marat estuvo á punto de participar de la opinión general, esto es, de creer á Bálamo tan loco como el paciente.

Entretanto el cirujano ligaba presuroso las arterias, de las cuales salía la sangre á torrentes.

Bálamo sacó de su bolsillo un frasquito, derramó sobre un manojo de hilas algunas gotas del agua contenida en aquel frasco, y rogó al cirujano en jefe que aplicase aquellas hilas sobre las arterias.

El cirujano obedeció con cierta curiosidad, pues era uno de los más célebres cirujanos de aquella época, un verdadero amante de la ciencia que no repudiaba ninguno de sus misterios, y para quien la casualidad no